

Los intelectuales de la Revolución desde otra perspectiva

HENRY C. SCHMIDT

Se supone que se reunió con un oscuro poeta en San Luis Potosí, que en la ciudad de México conferenció con un estudiante en una biblioteca y **que visitó la oficina de una persona a la que consideraba "intelectual"**. El protagonista de estos acontecimientos era Francisco I. Madero y los demás personajes eran Ramón López Velarde, Miguel Alessio Robles y José Vasconcelos.¹ Por poco importantes que hayan sido estas reuniones, siguen el modelo de la relación tradicional entre el intelectual y el Estado en el México contemporáneo.

La década de 1910 a 1920 está atravesada de intelectualidad y sólo el mayor interés que ha existido en conocer la parte política de la revolución ha restado atención a una explicación más completa de este fenómeno. Pues, al contrario de la opinión que prevalece, la vida cultural en la ciudad de México no se vio seriamente afectada durante la revolución. Fueron fundadas nuevas instituciones, el intercambio libre de ideas continuó sin mayores trabas, fueron abiertas nuevas oportunidades para la expresión creativa, surgió un liderazgo de gente preparada y se produjeron cambios e innovaciones en materia de educación. Incluso, hay quien afirma que hasta aumentó la producción de libros.² Lo que es más notable de este fenómeno es que el gobierno apoyase algunas de las actividades, a pesar de que ello no le reportaba sino mínimas ventajas.

Este ensayo estudia algunos de los aspectos intelectuales menos conocidos de ese período y, al mismo tiempo, se refiere al problema de cómo acercarse a la historia intelectual de la década. Los estudios tradicionales sobre este tema se han centrado en algunos individuos o instituciones importantes, por lo cual el cuadro que tenemos resulta distorsionado. Lo característico ha sido que se trate este período revisando a las generaciones del diez y del quince. Los estudiosos no han sabido bien dónde o cómo buscar la historia intelectual de esta época, porque han aceptado con de-

¹ Ramón López Velarde, *Prosa política*, México, 1953, p. 6; Miguel Alessio Robles, *Mi generación y mi época*, México, 1949, p. 50; Isidro Fabela, ed., *Documentos históricos de la Revolución mexicana* (de aquí en adelante, DHRM), 27 vols., México, 1960-1973, V, 45-46.

² Anónimo, "Letras y arte: un torrente de libros", en *Revista de Revistas*, 9, agosto 4, 1918, 17-18.

masiada facilidad la teoría de “los grandes hombres”, mientras que sus nociones de lo que constituye la cultura de las ideas son muy limitadas.

El resultado de esta actitud es que aún no se han planteado muchas de las preguntas más relevantes del tema, como por ejemplo, la percepción que de sí mismos tenían los intelectuales; la transferencia de ideas que se produjo del porfiriato a la revolución; los orígenes de la conciencia revolucionaria de los intelectuales; la condición de la revolución como lugar de síntesis del medio intelectual y la dimensión intelectual de la diplomacia de la revolución. ¿Qué conjunto de circunstancias fue necesario para que los intelectuales se “aculturaran” con la revolución?, y ¿qué papel desempeñaron en este proceso el empleo, la amistad, las asociaciones de diversos tipos, la geografía, la movilidad espacial, el azar, la literatura efímera y las operaciones militares? Algunas de estas cuestiones ya fueron examinadas por Roderic Ai Camp en su estudio sobre *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*.

Un prerrequisito fundamental para escribir la historia intelectual de esta década es que debe analizarse todo el aspecto intelectual del momento. Afortunadamente, las ideas y la gente que lo conformaron cubren un campo mucho más vasto que el limitado dentro de la jerarquía que por lo general nos presentan sus estudiosos. El mundo de las ideas, particularmente en México, es mucho más fluido y totalizador de lo que permiten ver las historias más conocidas. Para un enfoque “descendido” de la vida intelectual en esta década, resulta útil la literatura de la escuela de los *Anales*, por su interés en la “totalidad” histórica y en las implicaciones que tuvo para la vida “cotidiana”. Además, el estudio regional permitirá complementar la macro-perspectiva desde la ciudad de México.

Es importante también examinar la definición de intelectual, hasta hacerla lo suficientemente amplia como para que abarque tanto los más diversos fenómenos culturales como las acciones y reacciones de sus participantes.³ La evidencia documental muestra que el desarrollo de los intelectuales dependía de su capacidad de adaptación, de su utilidad, de sus logros y de su influencia en la forma como éstas se relacionan con la supervivencia, la personalidad propia y la actividad compartida. Es decir, que la suma de sus experiencias, a pesar de la parte que desempeñaba el azar, dependía de su “capacidad”, y esto significa esencialmente el “poder”. Asimismo se puede afirmar que el intelectual en esa época estaba casi siempre impulsado por preocupaciones tanto morales como estéticas, las cuales siempre han recibido la connotación de “sensibilidad”. De modo que las afirmaciones más tajantes que se hicieron en esta época sobre el compromiso intelectual fueron en términos de poder y de sensibilidad y le

³ Luis González definió al intelectual mexicano contemporáneo como cualquiera que asiste a una universidad. Entrevista con Luis González, ciudad de México, 5 de noviembre de 1971. Para el período 1910-1920 la definición puede ser aún más amplia. Otra definición útil y amplia del intelectual es la de Edward Shils en *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*, Chicago, 1972, pp. 3-21.

imprimieron una dirección a la nación ahí donde muchas veces sólo había algunos vagos titubeos. Por ejemplo, el planteamiento que hacía José Vasconcelos de una nueva cultura fundía sus objetivos políticos con sus puntos de vista "atelísticos" sobre la creación y enraizaba en última instancia en una filosofía social futurista. Por su parte, Rosendo Salazar consideraba que el movimiento obrero no sólo producía reformas, sino que también significaba una alternativa cultural al Estado. Nemesio García Naranjo elaboró su política educativa a medio camino entre la moralidad positivista y la anti-positivista, mientras que Manuel Gamio concebía su idea del nacionalismo como una reordenación de los valores civiles y artísticos.⁴

Una de las características de la civilización mexicana es lo visibles que son sus intelectuales, y la revolución no fue la excepción. Los intelectuales han estado en el Congreso, en puestos gubernamentales, en los campos rebeldes, en cargos diplomáticos y en organizaciones obreras, además de desempeñar sus funciones normales de pensadores, ideólogos, artistas, escritores y maestros. Y a pesar de eso, no se han identificado de manera adecuada una gran cantidad de zonas dentro del espectro intelectual. Así por ejemplo, aún no se ha analizado de manera comprensiva el "equipo pensante" que aislaron Eugenia W. de Meyer y Alicia Olivera de Bonfil para describir el papel de los intelectuales en los ejércitos revolucionarios.⁵ Es posible entonces preguntarse cómo esos individuos controlaron sus relaciones, cartografía, logística y tecnología, o como sirvieron después en los programas públicos, si es que lo hicieron, dada su forma profesional de involucrarse con la revolución.

Muchos intelectuales han sido relegados a la oscuridad durante sesenta años de estudios académicos en los que sólo se consideró dignos de atención a un puñado de luminarias. A pesar de que en su época, personas como Salvador Alvarado, Lázaro Gutiérrez de Lara y Luis Manuel Rojas fueron considerados intelectuales importantes, hoy ya se han perdido para la historia. Ahí están los ejemplos de Jesús Acevedo y Ricardo Gómez Robelo, quienes por el hecho de haber dejado escasa documentación para la posteridad, han sido indebidamente ignorados. O el caso de Gerardo Murillo, quien aparece en los libros desempeñando papeles menores, sin que se conozca su carrera completa en aquella parte que no sólo tiene que ver con su pintura. En años recientes se ha dado atención seria a dos intelectuales que trabajaron para el Estado: Luis Cabrera y Alberto J. Pani.

⁴ José Vasconcelos, "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país" y "El intelectual" en Juan Hernández Luna, ed., *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, 1962, pp. 117-134, 144; Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, México, 1970, pp. 309-311; Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 9 vols., Monterrey, s/d., VII, 189; Manuel Gamio, *Forjando patria*, 2ª ed., México, 1960.

⁵ Eugenia W. de Meyer y Alicia Olivera de Bonfil, *Gustavo Baz y sus juicios como revolucionario, médico y político*, México, 1971, p. 9.

Sería útil detenerse a observar cómo se ha utilizado el término "intelectual". Para 1910 ya se le usaba mucho, pues había aparecido en el vocabulario desde hacía varias décadas. En 1868, Justo Sierra escribió refiriéndose a la "fuerza intelectual" del periódico *La República*.⁶ En 1906, llamó la atención sobre el "extraordinario movimiento intelectual" en el país;⁷ y en 1908, Porfirio Parra estableció una distinción entre la educación "intelectual" y la "moral".⁸ En 1910, Rodolfo Reyes se refirió a sí mismo como líder de la "juventud intelectual".⁹ El término "intelectualidad" (español en el original) se empleó con frecuencia para referirse a los "intelectuales", y se usaba como su palabra base. Uno de los personajes de la novela *Andrés Pérez, maderista*, de Mariano Azuela, incita a los intelectuales a enfrentarse al gobierno; y cuando Madero se encontró en medio de las balas en el otoño de 1912, consideró que la culpa era de los intelectuales.¹⁰ Al morir Sierra en 1912 fue elogiado por sus "hijos intelectuales"¹¹ y durante la revolución las opiniones de los intelectuales respecto a temas diversos fueron buscadas y comentadas.¹² De modo que el término "intelectual" no sólo ha cargado con un significado popular, sino también con uno positivo.

De hecho, los intelectuales eran tan activos en los asuntos nacionales y locales que el término da sólo una aproximación al significado de un fenómeno que aún no se ha analizado de manera adecuada. Los intelectuales consideraron la necesidad de clasificar su identidad asociativa, de modo que algunos se llamaron a sí mismos "conservadores" o "de vanguardia", o bien se organizaron en grupos a los que calificaban de algo; por ejemplo, los ateneístas eran "puros" y los científicos eran "tlaxcaltecas".¹³ Algunos utilizaron el término de "reformistas" para referirse a aquellos que estaban involucrados en el proceso revolucionario o el de "serenos" para los que no lo estaban, aplicándose este último algunas veces a los positivistas y a los científicos. Muchas veces, los miembros de una institución se dividían en grupos, como sucedió con la dicotomía que estableció Vasconcelos entre los urbanos y los de provincia para referirse a

⁶ Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, eds., *La Escuela Nacional Preparatoria: los afanes y los días*, 2 vols., México, 1972, I, 113.

⁷ Anónimo, "Revista de revistas mexicanas", *Savia Moderna*, 1 de marzo de 1906, 68.

⁸ Díaz y de Ovando, *La Escuela Nacional*, II, 552-553.

⁹ Fabela, *DHRM*, V, 117.

¹⁰ Mariano Azuela, *Obras completas*, 4 vols., México, 1958-1960, III, 765; cit. en Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana*, 18 vols., México, 1960-1965, I, 239.

¹¹ Cit. en Diego Arenas Guzmán, comp., *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*, 5 vols., México, 1961-1966, I, 174.

¹² Véase Alfonso Reyes, "La intelectualidad mexicana y la guerra europea", *Obras completas*, 18 vols., México, 1955-1962, VII, 476.

¹³ Véase Francisco J. Gaxiola, *Memorias*, México, 1975, p. 67; García Naranjo, *Memorias*, V, 46.

los estudiantes pre-revolucionarios de la Escuela Nacional Preparatoria en relación con su adhesión a Comte, característica del grupo urbano, que se tomaba como criterio de división.¹⁴

El refinamiento posterior del concepto de intelectual exige que se tome en consideración su ocupación o desempeño primario. Había intelectuales políticos, agrarios, educativos, obreros, de los medios, "independientes", filosóficos, literarios y académicos entre otros; y si bien es posible que tales actividades se trasladaran, de todos modos las culturas obrera, política o intelectual podían tener, cada una, una existencia autónoma. Además, el sentido en el cual se puede considerar "revolucionario" a un intelectual depende de los aspectos de su carrera que se seleccionen. Por ejemplo, la estética de Jesús Urueta era pre-revolucionaria, pero su oratoria pertenecía a la revolución. Caso parecido es el de José Juan Tablada, cuyos talentos abarcaron las dos épocas, aunque se conoce mejor su contribución a la revolución ya que, escribiendo desde Nueva York en los años veinte, promovió la imagen de México.¹⁵ La antropología de Manuel Gamio era en buena medida positivista en lo que a método se refiere, mientras que sus implicaciones sociales y políticas eran revolucionarias. Los intelectuales también pueden tipificarse según sus atributos, tales como la capacidad para responder a los diferentes retos. Ejemplos claros de intelectuales prometeicos son Luis Cabrera, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, quien escribió: "Soy tan versátil que muchas veces descubro que me estoy engañando a mí mismo..."¹⁶

Los intelectuales le confirieron importancia al cambio que estaban ayudando a generar. La revolución intelectual —así la concebían ellos— tiene hoy una secuencia claramente organizada de agentes y acontecimientos, igual que la tiene la revolución política, gracias a una historia que fue inicialmente relatada por los propios participantes. En 1911, José Vasconcelos publicó un artículo titulado "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país" (español en el original) que fue colocado como artículo central del número del 25 de junio en la *Revista de Revistas*, lo cual ilustra la manera en que se daba amplia cobertura periodística a los intelectuales. El artículo promovía la idea de una "revolución intelectual completa" y contenía un ataque al "positivismo porfirista". Escrito con una retórica de la "nueva era", tomaba una perspectiva sociopolítica de la evolución del pensamiento y proponía una relación entre el intelectual y el Estado.¹⁷

Ahora bien, si se acepta que para 1911 ya estaba en marcha una revo-

¹⁴ José Vasconcelos, *Ulises criollo*, 7ª ed., México, 1937, p. 201.

¹⁵ Ángeles Mendieta Alatorre, *Tablada y la gran época de la transformación cultural*, México, 1966, p. 20.

¹⁶ Reyes a José Vasconcelos, Madrid, 6 de octubre de 1916, en el Archivo Alfonso Reyes, México.

¹⁷ Vasconcelos, "La juventud intelectual", en Hernández Irua, *Conferencias*, pp. 135-138.

lución intelectual, ¿cuándo comenzó ésta? La respuesta, según muchos autores, tiene que ver con el grupo que en 1906 se formó en torno a la revista *Savia Moderna*. En 1913, Rafael López elogiaba a los nuevos escritores de esa publicación, incluyendo a Antonio Caso, quien hacía hincapié en los valores espirituales por sobre los materiales.¹⁸ Ocho meses después, Alfonso Reyes, a partir del estímulo que significó el artículo de López, publicó su propia interpretación de la revolución intelectual. De manera más detallada que aquél, dio cuenta no sólo de la contribución general que hacía esa revista, sino también de la que hacían la Sociedad de Conferencias y Pedro Henríquez Ureña, el humanista dominicano que acababa de llegar a México. Los nuevos elementos del planteamiento de Reyes derivaban del efecto que había tenido la conmemoración de Barreda para coordinar las revoluciones intelectual y política.¹⁹

Si bien este acontecimiento espera todavía que se le estudie y clarifique, es evidente que la percepción de Reyes era la correcta.²⁰ El homenaje, programado para el 20 de marzo de 1908, se celebró poco después de la publicación de la entrevista Creelman-Díaz y dos días después de que Caso dicta ya una celebrada conferencia en la Sociedad de Conferencias. Rodolfo Reyes, que entonces estaba en su apogeo como defensor del liberalismo, habló rimbombantemente en contra de los científicos y se refirió a la crisis política del país. Diódoro Batalla lo apoyó, el joven Hipólito Olea criticó la reacción de la Iglesia y Justo Sierra repudió el positivismo. Los oradores fueron sacados en andas del teatro por un auditorio jubiloso²¹ y los estudiantes, que eran los responsables del acto conmemorativo, recibieron el impulso que necesitaban para involucrarse políticamente durante tres años. En 1940, cuando se volvió a abrir la Universidad Nacional de México y se fundó su Escuela de Altos Estudios, quedó institucionalmente consolidada la primera parte de la transformación de las ideas. De ahí en

¹⁸ Véase Antonio Caso, "La tesis admirable de Plotino", *Savia Moderna*, 1, julio de 1906, 269-271; Rafael López, *Crónicas escogidas*, México, 1970, pp. 205-208.

¹⁹ Alfonso Reyes, "Nosotros", 9 de marzo de 1914, 217. Reyes reescribió posteriormente este artículo con el título de "Pasado inmediato", que es la fuente más citada para la historia intelectual de este período.

²⁰ Por ejemplo, véase Alessio, *Mi generación*, p. 33; Eduardo Blanquel, entrevista con Martín Luis Guzmán, México, 16 de mayo de 1971, Archivo de la Palabra, Instituto Nacional de Antropología e Historia; Max Henríquez Ureña, "Prólogo" en Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, México, 1969, pp. 34-35.

²¹ Díaz y de Ovando, *La Escuela Nacional*, I, 305; anónimo, "Sociedad de Conferencias", *El Diario*, 19 de marzo de 1908; anónimo, "Solemne y lúcida manifestación en honor de don Gabino Barreda", *El Diario*, 23 de marzo de 1908. El relato de Moisés González Navarro de la conmemoración de Barreda hace hincapié en su relación con la lucha por los programas de estudio en la ENP más que en su contexto político. Véase *El Porfiriato: la vida social* en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, 9 vols., México, 1955-1972, V, 621-622.

adelante, los logros de "nuestra revolución intelectual" serían registrados por los medios.²²

El problema con este tipo de esquema es que resulta demasiado ordenado. Se ha considerado que las tendencias intelectuales que cristalizaron en el Ateneo de la Juventud acompañaron el cambio político y anunciaron la cultura nacional contemporánea. Pero no debe confundirse: la cauda de acontecimientos sucedidos entre 1906 y 1910 ocurrió en el contexto del viejo régimen. Aquellos intelectuales revolucionarios que tenían compromisos políticos bien definidos, como Alfonso Cravioto y José Vasconcelos, eran las excepciones más que la regla. Antonio Caso, aunque fue el principal adversario del positivismo, en 1910 no era ni siquiera remotamente un revolucionario político. Como apuntó José Gaos, la revolución "sorprendió" tanto al viejo régimen como a los intelectuales que lo querían reformar.²³ Pues después de todo, la revolución fue una intromisión en un orden intelectual que había durado por siglos y que en buena medida había permanecido intacto durante el transcurso del mundo porfiriano. Y sin embargo, la historiografía muestra que los investigadores rara vez han tomado esto en cuenta. En general se le da preeminencia a la cultura nacionalista sobre la internacional, dando la impresión de que los mexicanos nunca leyeron a Leopardi ni miraron cuadros de Holbein el joven ni escucharon un concierto de Beethoven. Y este sesgo interpretativo permanecerá, mientras no aparezcan estudios que determinen el componente de cultura que había en la vida de la gente. Manuel M. Ponce seguirá recibiendo más atención que Julián Carrillo, quien lo igualaba como empresario musical; y Antonio Caso recibirá por sí sólo el crédito por la derrota del positivismo, aunque fue Nemesio García Naranjo quien asumió el papel de liberar de su dominio a la Escuela Nacional Preparatoria.²⁴

Cada vez más las investigaciones consideran este período no tanto como de conclusión y renovación, sino como el de una continuidad narrativa de la cual se borraron algunos capítulos, otros se corrigieron y se agregaron unos más. Mientras se considere que el paso del porfiriato a la revolución se basó en la derrota del positivismo que hicieron algunos ateneístas, sólo se tendrá una parte del esquema. Si se observa la lucha por el ascenso de la metafísica sobre el positivismo, es necesario preguntarse a quién le afectó, cómo, cuándo y, en última instancia, por qué fue tan

²² Por ejemplo, véase anónimo, "Boletín interesante", *Revista de Revistas*, 6, 13 de junio de 1915, 2.

²³ José Gaos, "Las mocedades de Caso" en *Homenaje a Antonio Caso*, México, 1947, p. 27.

²⁴ Véase Congreso de los Estados Unidos Mexicanos: Cámara de Diputados, *Iniciativa de ley presentada por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes a fin de que se autorice al ejecutivo para revisar las leyes de ese ramo*, México, 1913, pp. 4-5. Para un juicio crítico, véase Héctor Farías, Jr., "Nemesio García Naranjo: Mexico's Minister of Education, 1913-1914" (tesis de doctorado, Northwestern University, 1971), pp. 76-122.

importante. Una respuesta parcial señalaría que se trató de una controversia centrada en la ciudad de México, sobre todo en la Escuela Nacional Preparatoria, y que fue problema de algunos académicos, sobre todo Caso y Vasconcelos, quienes tenían razones disciplinarias para librar esa lucha. Pero lo que sabemos de la cultura en el interior del país nos muestra que la historia intelectual regional no siguió el paso de la historia política. Un estudio del papel que desempeñaron los ateneos regionales antes y después de la revolución, podría mostrar la verdad sobre el éxito que tenía el positivismo en los programas de estudio locales y lo fuerte que era el sentimiento anti-positivista en las ciudades y pueblos.

De modo que, antes de asignar significado al curso que tomaron los cambios posteriores a 1910, deben clarificarse las relaciones subyacentes entre los períodos porfirista y post-porfirista. Se trata de hacer para la historia intelectual un análisis similar al que hizo Lorenzo Meyer para la historia política.²⁵ Muchos estudios afirman no sólo la continuidad cultural entre el porfiriato y la revolución, sino que también señalan los temas nacionalistas en el primero de estos períodos, que con frecuencia sólo se asociaron con la época posterior.²⁶ Por ejemplo, es muy común pensar que el estudio de la interioridad en la psicología social emana de la revolución y de su subsecuente impacto. Y sin embargo, alguien en sus memorias explicó que el establecimiento en 1893 de un curso de psicología en la Escuela Nacional Preparatoria "rompió la columna vertebral del pensamiento comtiano que negaba a la introspección como camino para el conocimiento del alma humana".²⁷ Y si bien es cierto que Vasconcelos pudo demostrar las virtudes de la educación nacionalista de mejor manera que ningún otro intelectual revolucionario de la primera generación, eso no quiere decir que lo hiciera sin tener antecedentes. Uno de ellos, Julio S. Hernández, a quien no molestaban los supuestos efectos negativos del positivismo, argumentó desde 1883 hasta 1917 en contra de emplear maestros extran-

²⁵ Véase Lorenzo Meyer, "Continuidades e innovaciones en la vida política mexicana del siglo xx: el antiguo y el nuevo régimen", en *Foro Internacional*, 16, julio-septiembre de 1975, 37-63.

²⁶ Véase Juan Gómez Quiñones, "Social Change and Intellectual Discontent: The Growth of Mexican Nationalism, 1908-1911" (tesis de doctorado, University of California, Los Angeles, 1972); Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México: Barreda, Sierra, Parra, Molina Enríquez, Gamio, Caso*, México, 1970; John M. Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931*, Austin, 1978; Juan Hernández Luna, "Primeros estudios sobre lo mexicano en nuestro siglo", *Filosofía y Letras*, 20, octubre-diciembre de 1950, 327-354; William D. Raat, "Positivism in Díaz's Mexico, 1876-1910: An Essay in Intellectual History", tesis de doctorado, University of Utah, 1967; Henry C. Schmidt, *The Roots of Lo Mexicano: Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934*, College Station, Tex., 1978; Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, 1970; Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, 1968.

²⁷ Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, 2 vols., México, 1951, I, 36.

jeros en México y en favor de un programa educativo que reflejara las propias circunstancias.²⁸

Puesto que muchas cuestiones de peso surgieron desde antes de la revolución, el año de 1910 fue al mismo tiempo la cumbre y el principio del cambio. Los intelectuales son los mejores ejemplos de la continuidad entre los dos períodos, y sirvieron para suavizar los efectos del liderazgo dividido. El poeta Enrique González Martínez fue funcionario porfirista en Sinaloa y, a pesar de su identificación con el huertismo, avanzó en las filas de la cultura revolucionaria. Rubén Campos, un escritor porfirista bien conocido, también hizo esa transición de manera suave. Incluso el formidable positivista Miguel S. Macedo aceptó la interrupción abandonando voluntariamente sus deberes como profesor de derecho durante el tiempo que duró la revolución. Pero por supuesto, es Justo Sierra quien ejemplifica mejor que nadie el servicio intelectual prestado a los dos regímenes, al viejo y al nuevo. Y sin embargo, no hay duda de que hubo muchos que sí abandonaron el viejo sistema intelectual. Como lo explicó José Alvarado, entre la lógica de Parra y la sociología de Caso, el *corpus* intelectual se transformó de manera profunda.²⁹ Vasconcelos, por su parte, lo afirmó en su momento: el mundo de Barreda fue útil pero limitante y ahora ya queda fuera de lugar en un clima de estudio más abierto y desinteresado.³⁰

El problema de equilibrar entre la continuidad y el cambio se hace obvio cuando se buscan los orígenes de la conciencia revolucionaria entre los intelectuales. Las razones circunstanciales para la insatisfacción de éstos con el *statu quo* determinaron su receptividad a las relaciones cambiantes entre las opciones porfiristas y las no porfiristas. Y si bien es cierto que no contamos con estudios sistemáticos de la conciencia revolucionaria de los intelectuales,³¹ la historia oral y la literatura testimonial nos proporcionan datos útiles sobre su percepción de las alternativas que enfrentaban. El conjunto de factores que empujaron a los intelectuales a adquirir un sentimiento de la necesidad o de la inminencia del cambio en las estructuras nacionales, nos muestra el peligro que significa asignar causas únicas a acontecimientos tan complejos.

En muchas ocasiones, los intelectuales respondieron de manera favorable o desfavorable a la revolución en razón de sus experiencias con la

²⁸ Julio S. Hernández, *La vida de un educador*, México, 1916, pp. 348-349.

²⁹ José Alvarado, *Tiempo guardado*, México, 1976, p. 73.

³⁰ José Vasconcelos, "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", en Hernández Luna, *Conferencias*, p. 112.

³¹ Un primer paso en esta dirección es el trabajo de James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913*, Austin, 1968. Véanse las pp. 56-90 en las cuales el autor analiza los factores sociales y económicos en grupos seleccionados de intelectuales. El estudio de Roderic A. Camp's, *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico*, Austin, 1985, establece criterios institucionales y sociológicos para la vida intelectual.

infraestructura cultural, es decir, con el conjunto de instituciones, publicaciones y contactos personales que dan inicio a las tendencias y organizan la información fomentando una relación de intercambio entre el creador y el público. Los ejemplos recorren un amplio espectro sociopolítico, pero los dos más sobresalientes —el liberalismo y el catolicismo— han sido estudiados con mucho cuidado y no requieren comentario. Cierta tipo de literatura, no conocida por la masa de lectores, tuvo una influencia desproporcionada en la cristalización de la identidad revolucionaria. Los escritos sobre intuicionismo y metafísica, aunque atraeron a un pequeño número de intelectuales, resultaron fundamentalmente para la crítica al positivismo y para la dirección de la cultura post-revolucionaria. Sería deseable verificar la viabilidad de este pensamiento fuera de la ciudad de México.

Durante el período pre-revolucionario, los escritos sobre México en los Estados Unidos habían creado una imagen y una contra-imagen del gobierno de Díaz. Vasconcelos cita su lectura de las críticas estadounidenses a México como factor decisivo en su crecimiento político.³² La literatura socialista se movió de una posición periférica a una central en relación con la conformación del sentimiento de rebelión y su difusión fue tan amplia en varias partes del país como lo fue en San Luis Potosí. El análisis que hace John M. Hart corrobora en mayor escala el fenómeno que se examina en los estudios de caso de James D. Cockroft,³³ y docenas de intelectuales fueron testigos de la divulgación de la biblioteca ruso-franco-mexicana de los escritores anarquistas y socialistas. Jesús Romero Flores señalaba a los lectores el interés de los poetas sociales, entre ellos Liborio Crespo y Salvador Díaz Mirón.³⁴ En este sentido, es típica la historia de Luis L. León. De clase media y con antecedentes liberales en Ciudad Juárez, sentía que los hijos de los hacendados impedían el avance social y económico. La lectura de los hermanos Flores Magón se convirtió en decisiva para su orientación futura, lo mismo que las de Urueta, Cabrera y Molina Enríquez.³⁵ Puesto que la literatura socialista estaba íntimamente relacionada con los movimientos políticos y obreros, se ha hecho importante investigación en torno a ella, a pesar de lo cual aún falta por hacer una historia comprensiva de los servicios que prestaron estos materiales de lectura.

Otras unidades de influencia sobre la incipiente conciencia revolucionaria de los intelectuales se pueden clasificar, de manera muy general y para ahorrar espacio, como sigue:

³² Vasconcelos, *Ulises*, p. 373.

³³ Véase Hart, *Anarchism*.

³⁴ Jesús Romero Flores, *La Revolución como nosotros la vimos*, México, 1963, p. 33.

³⁵ Urióstegui, *Testimonios*, pp. 477-478.

1) *Las ideas en la época de Díaz*

Además del problema de la transferencia de ideas del porfiriato a la revolución, existen evidencias de que durante los años de 1910 a 1920, los intelectuales regresaron a sus experiencias formativas durante el viejo régimen, de modo que, si bien no era una fuente que precisamente estimulara la mentalidad revolucionaria, el positivismo, tal como se enseñaba en el Instituto Científico y Literario de Aguascalientes, le proporcionó a Alberto J. Pani el método para actuar de manera decidida en medio de la injusticia.³⁶ Y como después de la veneración explícita por Porfirio Díaz, lo peor que un intelectual podía aceptar era su admiración por los científicos, llama la atención la actitud de Nemesio García Naranjo, quien basó en ella su posición política explicando que se convirtió en reeleccionista en parte porque se sentía atraído por las “cualidades intelectuales” de los científicos.³⁷

2) *La oratoria*

Si bien no se le ha dado la importancia que a su hermana, la prensa de oposición, la oratoria fue uno de los medios más importantes para estimular el compromiso intelectual con la revolución. Al inducirlo, funcionaba en dos niveles: el que escuchaba debía ser transportado a la arena política en caso de que el orador lo moviera, como le sucedió a Jesús Silva Herzog luego de oír a Urueta, y el orador mismo profundizaba en sus convicciones políticas por su compromiso, como le sucedió a Aarón Sáenz en la campaña de Carranza por la gubernatura.³⁸

3) *La pequeña prensa regional*

La vida literaria regional, que todavía está por estudiarse, particularmente en la forma en que se centraba en una prensa pequeña, compone una subcultura que muchas veces desarrolló una relación con la revolución. Aarón Sáenz cuenta que siendo editor de una revista estudiantil en Saltillo en 1910, cambió su formato de la literatura a la política, dándole un tono activista. Jesús Romero Flores empezó a escribir en un periódico regional que se oponía al sistema de Díaz y, por intercambios con otras publicaciones, se mantenía informado de la política de los revoltosos.³⁹

³⁶ Pani, *Apuntes*, I, 36-37.

³⁷ García Naranjo, *Memorias*, V, 22-23.

³⁸ Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, 2ª ed., México, 1975, p. 19; Urióstegui, *Testimonios*, p. 397.

³⁹ Urióstegui, *Testimonios*, pp. 355-356; Romero Flores, *La Revolución*, p. 33.

4) *Los factores regionales*

El contexto regional que de manera tan sorprendente revelaba las desigualdades sociales, sirvió algunas veces para aumentar la distancia entre un modelo abstracto o de afuera y las circunstancias inmediatas, provocando en quien las veía una reacción frente al *statu quo*. Un buen ejemplo de esto es el de Diego Rivera, quien contraponía la interpretación de Justo Sierra sobre la polis civilizada, con su propia percepción de los problemas rurales y de las ciudades pequeñas.⁴⁰ No era raro que la chispa del descontento fuera encendida por la indignación hacia un objetivo particular dentro del sistema nacional, como sucedió en 1908 cuando Toribio Esquivel Obregón atacó las políticas crediticias y monetarias de Limantour desde un periódico de León.⁴¹

5) *La influencia de ciertos individuos importantes*

En algunos casos, el poder que tenía un personaje enérgico para levantar a los intelectuales y decidirlos a tomar acciones, derivaba de la relación entre el alumno y su mentor. Ésta fue la manera en que Genaro García reclutó a Nemesio García Naranjo y a José María Lozano para el Partido Reeleccionista, mientras que Félix F. Palavicini literalmente le solicitó a Madero que fuera su mentor.⁴² Uno de los mejores ejemplos de un profesor que llevó a sus alumnos al conocimiento de la situación política es el de Rodolfo Reyes, quien en sus clases de derecho constitucional en la Escuela Nacional de Jurisprudencia explicaba la desviación que hacía Díaz del liberalismo.⁴³

6) *Los estudiantes*

A lo largo de todo el período que va de 1908 a 1918, los estudiantes fueron el corazón de la vida intelectual y del Estado. Ellos siguieron los últimos modelos intelectuales, escribieron una parte importante de la literatura de vanguardia, consumían bastante de los nuevos escritos, distribuían las publicaciones efímeras, tomaban trabajos en el gobierno y abandonaban las escuelas para irse a la revolución. Es así que se convirtieron

⁴⁰ Diego Rivera, "Don Justo Sierra y el muchacho estudiante", *El Nacional*, 26 de enero de 1948.

⁴¹ Toribio Esquivel Obregón, *Mi labor en servicio de México*, México, 1934, pp. 8-9. Para un comentario véase Romero Flores, *La Revolución*, p. 38.

⁴² Isido Fabela, *Mis memorias de la Revolución*, México, 1977, p. 13; Alessio, *Mi generación*, p. 23.

⁴³ García Naranjo, *Memorias*, V, 25; Palavicini a Francisco I. Madero, *DHRM*, VI, 269-270.

en intermediarios entre los líderes intelectuales y las masas, y si bien es cierto que mucho de sus esfuerzos sólo condujo a resultados mínimos, algunas de sus reuniones formales se convirtieron en acontecimientos nacionales cohesivos, como sucedió con el Congreso Estudiantil de 1910. Convocado en el espíritu del centenario, este congreso fue organizado por miembros de varias facultades de la Universidad en la ciudad de México. El secretario de Educación Pública lo apoyó y solicitó a los gobiernos estatales que enviaran delegados.

Fue así como se reunieron estudiantes de todo el país, entre los cuales estaban Alfonso Cabrera, Palma Guillén, Luis León, Aarón Sáenz, Luis Sánchez Pontón, Rafael Heliodoro Valle y Alfonso Reyes. La asamblea dio lugar a una protesta política. El 6 de septiembre, los estudiantes pidieron la renuncia de Díaz, y el 13 de septiembre hicieron una marcha hasta su residencia que fue dispersada por la policía. De modo que, como lo explicó Emilio Portes Gil, los estudiantes regresaron a sus estados de origen convertidos en entusiastas maderistas y, para la época de la revolución constitucionalista, ya ocupaban cargos burocráticos.⁴⁴

Los intelectuales alimentaron su identidad revolucionaria con una serie de estímulos diversos, no sólo literarios y filosóficos. Además de las bases sociales, económicas y puramente intelectuales de sus inclinaciones, el azar también desempeñó un papel en la formación de sus puntos de vista. Algunos ejemplos son:

1) *La complacencia porfirista*

Si el porfiriato hizo que algunos reconocieran los problemas nacionales, también lo contrario es cierto. Examinando lo que su generación pensaba sobre el México porfirista, Genaro Fernández MacGregor afirmaba que "poco o nada", mientras que Enrique González Martínez, utilizando un conjunto de imágenes similares a las de Madero, culpaba de su falta de conciencia política al hecho de haber sido sedado por la dictadura.⁴⁵

2) *Las condiciones reales*

Por pobre que parezca el concepto, la revolución como conjunto de señales precisas se ha considerado muchas veces como el impulso para un cambio mental. Así lo afirmó Vicente Lombardo Toledano cuando explicó cómo ella lo hizo pensar en México.⁴⁶ Para algunos, fue una cuestión

⁴⁴ Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución mexicana*, México, 1964, pp. 99-100; Urióstegui, *Testimonios*, pp. 355-356, 477-478.

⁴⁵ Genaro Fernández MacGregor, *El río de mi sangre: memorias*, México, 1969, p. 178; Enrique González Martínez, "El hombre del búho", en *Obras completas*, México, 1971, p. 696.

⁴⁶ James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie, *México visto en el siglo XX*, México, 1969, p. 237.

relacionada con su trabajo, como en el caso de Vasconcelos cuando era legalista, el de Salazar como impresor en Puebla o el de Romero Flores como educador en Michoacán. A los doce años de edad, cuando se convirtió en asistente del taller de grabado de Posada, Rivera se sintió conmovido por la pobreza que encontró, y al poco tiempo ya vendía el periódico *Regeneración*. Las obligaciones de Silva Herzog lo llevaban por haciendas y fábricas: Isidro Fabela empezó a entender los urgentes problemas del país cuando combinó las observaciones de campo con las relaciones intelectuales. Así, después de sus fines de semana platónicos con Caso, Reyes y Henríquez Ureña, se iba a la hacienda de su familia, en donde el orden social lo deprimía. De regreso en la ciudad de México, discutía con José Vasconcelos o con Federico González Garza las implicaciones políticas de su confusión.⁴⁷ Algunos intelectuales entraron a la revolución por sus obligaciones militares, como sucedió con José Rubén Romero cuando se preparaba para defender un puente de un ataque federal de Santa Clara, Michoacán.⁴⁸

3) *La familia*

El medio ambiente doméstico desempeñaba un papel muy importante en la educación de los niños y en sus sentimientos de elección moral. Muchas veces el hogar era el que yuxtaponía los determinantes intelectuales y los no intelectuales de sus futuras carreras. Y era allí donde podían germinar las semillas de la conciencia revolucionaria. Alberto J. Pani atribuye su deseo de trabajar por el mejoramiento de su país en buena medida a los valores que le inculcaron sus padres. Eduardo Luquín, rodeado en su casa de la iconografía de la Reforma, creció con la idea familiar de que el porfiriato era un momento de transición, lo cual aceleró su aceptación de la revolución. La familia ampliada contribuyó al inicio de la carrera revolucionaria de Genaro Fernández MacGregor, puesto que él era un burócrata de bajo nivel cuando empezó la revolución y, si bien apoyaba a Madero, se pudo unir a su administración porque su primo era Manuel Calero, secretario de Relaciones Exteriores.

Uno de los ejemplos de antecedentes familiares que conformaron la mente de un intelectual joven, es el de José C. Valadés. Hijo de una familia de profesionales en Mazatlán, no percibió ningún tipo de respuestas revolucionarias articuladas frente a Díaz, pero sí mucho descontento con el *statu quo*. La ciudad estaba tratando de alcanzar hegemonía comercial y marítima sobre la costa occidental, pero no la lograba. Los residentes estaban hartos del poder económico que habían adquirido los extranjeros

⁴⁷ Vasconcelos, *Ulises*, pp. 304-305; Urióstegui, *Testimonios*, p. 309; Romero Flores, *La Revolución*, p. 10; Rivera, "Don Justo Sierra"; Silva Herzog, *Una vida*, p. 16; Fabela, *Mis memorias*, p. 16.

⁴⁸ José Rubén Romero, *Apuntes de un lugareño*, México, 1975, pp. 117-127.

en el lugar, y sobre todo resentían a los españoles, que eran propietarios de las islas y que dominaban al clero.

El padre de José, que había convertido *El correo de la Tarde* en un órgano liberal muy respetable, era de los que encabezaban el ataque al sistema, habiendo encontrado un aliado capaz en José Ferrel, quien alcanzó renombre en la ciudad de México como crítico de la extranjerización literaria y como editor de *El demócrata*. Las tertulias familiares estimulaban las discusiones sobre literatura, historia y política. Cuando murió el gobernador de Sinaloa, la familia Valadés y sus amigos pensaron que había llegado la oportunidad para convocar a elecciones abiertas y apoyaron la candidatura de Ferrel, que contaba con simpatías entre las masas. Sin embargo, aunque era menos popular, “ganó” el candidato “oficial” impuesto por Díaz, aplastando el sueño familiar. Fue entonces cuando el joven Valadés decidió honrar a su padre por medio de su trabajo. Una experiencia similar a ésta, sucedida en la oficina de su padre en la ciudad de México, le dio conciencia política a Francisco J. Gaxiola. En 1912, dicho lugar era el centro de reunión de intelectuales y políticos, en parte porque Manuel Bonilla, secretario de Comunicaciones era su tío y fue allí donde, como lo recordaría él mismo después, el joven “maduró” escuchando a Cabrera, Molina Enríquez y Urueta.⁴⁹

4) *Las relaciones interpersonales*

Las asociaciones fuera de la familia tenían efectos muy particulares sobre los intelectuales. Cuando Rosendo Salazar se mudó de Puebla a la ciudad de México para compartir su visión del trabajo con los impresores —“gente de una cultura liberadora”— sintió que se ampliaban sus horizontes. Para Jesús Romero Flores, director de una escuela de Tangancicuaro, Michoacán, los paseos por el campo era una tradición en el pueblo que proporcionaría después bases a las operaciones revolucionarias. Periódicamente los hombres organizaban paseos a caballo para ir a lugares de interés escénico. Todos montaban bien y llevaban consigo armas. A principios de mayo de 1911, al comenzar uno de esos paseos, Romero se dio cuenta de que su objetivo era la captura militar del pueblo que acababan de dejar, luego de lo cual se debían reunir con otras fuerzas rebeldes.⁵⁰ La amistad, que constituye una de las formas de relación más importantes en la sociedad mexicana, ha sido estudiada por Camp, Krauze y otros autores como una variable a considerar en la política y en la burocracia, así como en la vida intelectual.⁵¹ Las memorias de los intelectuales con-

⁴⁹ Pani, *Apuntes*, I, 34; Eduardo Luquín, *Autobiografía*, México, 1967, p. 122; Fernández MacGregor, *El río*, p. 198; José C. Valadés, *Mis confesiones*, México, 1966, pp. 117-156; Gaxiola, *Memorias*, p. 57.

⁵⁰ Romero Flores, *La Revolución*, p. 63.

⁵¹ Para ejemplos véase Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución*

tienen numerosas referencias a la amistad como aglutinadora de compromisos profesionales. Manuel Urquidi, que era amigo de los dos, llevó a Madero a conocer a Vasconcelos, quien a partir de entonces se unió a los anti-reeleccionistas. Jesús Silva Herzog obtuvo su empleo en el gobierno por medio del amigo de un amigo del regente del Distrito Federal. Un escritor apuntó que el pequeño pasillo de la Escuela Libre de Derecho obligaba a los estudiantes a formar amistades duraderas, lo cual tenía importantes consecuencias políticas.⁵²

5) *El cambio político*

El ascenso sucesivo de Madero, Huerta y Carranza influyó de manera decisiva en la vida de los intelectuales. Muchos salieron al exilio, mientras que a otros los detuvo el gobierno.⁵³ Para la mayoría, los principales cambios políticos les exigían un severo auto-escrutinio, cuando no una reflexión sobre sus objetivos en la vida. Y sin embargo, hay bastantes evidencias que muestran que en lugar de convertirse en traumática para ellos, la fuerza de estas ligas afianzó su determinación y evolución. Para algunos, la revolución fue una bendición que les proporcionó ganancias inesperadas o condiciones para construir sus carreras. Un ejemplo importante, más por su ironía que por su contenido, es el de Enrique González Martínez, quien había sido abiertamente antimaderista en Sinaloa, pero al que la presión política que siguió al triunfo de Madero obligó a abandonar la provincia para ir a la ciudad de México, en donde prestó de manera más efectiva sus servicios al Estado.

Más característico del impacto que causa una transferencia repentina del poder político es el caso del estudiante de quinto año de derecho, Aarón Sáenz, quien después de la decena trágica abandonó la escuela para unirse a Carranza. También Isidro Fabela profundizó en su compromiso revolucionario al huir de la persecución huertista. Cuando llegó a Nueva York, conoció en la calle a Antonio I. Villarreal, con quien se unió para llegar al cuartel general de Carranza en Piedras Negras. Otro ejemplo interesante es el de Gustavo Baz. Siendo estudiante de medicina, lo convencieron de participar en una protesta anti-huertista después del asesinato de Madero, por la cual tuvo que abandonar la ciudad de México a caballo. Fue así como se unió a Zapata y mostró su valor para esta relación dado

mexicana, México, 1976 y Daniel Cosío Villegas: *una biografía intelectual*, México, 1980.

⁵² Vasconcelos, *Ulises*, p. 372; Jesús Silva Herzog, *Una vida*, p. 62; Gaxiola, *Memorias*, p. 66.

⁵³ Véase la lista de exiliados —más de la mitad de los cuales eran intelectuales— de la administración de Carranza en Michael C. Meyer, *Huerta: A Political Portrait*, Lincoln, 1972, p. 214.

que su principal misión era la de explicar el sentido de la revolución a la gente en armas.⁵⁴

Todos estos datos indican que los individuos incrementaban su conciencia de la revolución tanto de manera fortuita como de manera consciente. La predisposición mental de una persona determinaba sin duda sus respuestas a las condiciones del levantamiento, en la misma medida en que lo hacían las fuerzas del cambio. Pero si las preocupaciones por la revolución fueron al principio inofensivas, con el tiempo se volvieron deliberadas y astutas. Algunos intelectuales simplemente pulieron su actuación, como Luis Cabrera, cuya efectividad era reconocida incluso por el "majestuoso defensor del viejo orden" José María Lozano.⁵⁵ Para algunos, un logro condujo a otro, como en el caso de Gustavo Baz, quien obtuvo, por su capacidad para manejar los encargos especiales, la gubernatura del Estado de México.⁵⁶ Hubo quienes se enfrentaron a la incertidumbre de abandonar sus actividades del momento en favor de un plan a largo plazo. Es el caso de la negativa de José Vasconcelos a convertirse en subsecretario de Justicia con De la Barra, porque según su punto de vista, podría servirle mejor a la revolución desde fuera del gobierno, idea que iba muy de acuerdo con la filosofía heroica de este activo intelectual.⁵⁷ Hubo otros que capitalizaron su primera base de poder como José Suirob, cuya temprana afiliación a movimientos estudiantiles le ganó el apoyo de la "juventud intelectual" para la gubernatura de Guanajuato⁵⁸ o Alberto J. Pani, quien por su éxito para movilizar estudiantes en favor de Madero fue premiado con un puesto en el gobierno.⁵⁹

Hasta la "serenidad" era practicada con cuidado por algunos intelectuales, como Genaro Fernández MacGregor, que fue asesor de tres de las administraciones más importantes del período (aunque rompió con el régimen de Huerta). Algunas veces, la función nominal de los intelectuales enmascaraba un propósito más profundo, como el caso de Carlos Pereyra, antimaderista e idealista que trabajó con Huerta no para restaurar el México porfirista, sino para reconstruir el orden con cultura.⁶⁰ Y a pesar de todas las oportunidades que produjo la revolución, el desempeño de los intelectuales fue muy desigual. Sin duda, la delegación del Congreso que entregó un memorándum crítico a Madero en diciembre de 1912, era intelectualmente solvente, pero como bien apunta un estudioso, algunos

⁵⁴ González Martínez, *Obras*, pp. 719-720; Urióstegui, *Testimonios*, p. 352; Fabela, *Mis memorias*, p. 84; Gustavo Baz, *Anecdotario e ideas*, Toluca, 1978, pp. 25-29.

⁵⁵ Arenas Guzmán, *Historia de la Cámara de Diputados*, I, 18-19.

⁵⁶ Meyer y Bonfil, *Gustavo Baz*, p. 41.

⁵⁷ Fabela, *DHRM*, VI, 26-27.

⁵⁸ Anónimo, "La juventud intelectual revolucionaria en el Gobierno de Guanajuato", en *Revista de Revistas*, 7, 12 de marzo de 1916, 4-5.

⁵⁹ Pani, *Apuntes*, I, 111-112.

⁶⁰ Fernández MacGregor, *El río*, p. 231.

de los intelectuales de la Convención Constituyente o no tomaron la palabra o fueron acallados.⁶¹

Sin embargo, la importancia colectiva de los intelectuales se puede evaluar en relación con la cuestión central de la revolución: forjar un consenso proporcional a las demandas del Estado cambiante. En la primera parte de la revolución intelectual, la reorientación hacia valores universalistas estaba implícitamente relacionada con la preocupación por la reforma política liberal. Pero también hubo otros intelectuales que analizaron los problemas económicos y sociales, y su trabajo se incorporó a la revolución política que "sorprendió" a los del otro lado. La historia de cómo se fusionaron esos elementos se puede considerar como la segunda parte de la revolución intelectual, y se desarrolla tanto en el contexto nacional como en el internacional.

Los hechos básicos están disponibles en estudios diversos, pero sus relaciones entre sí aún esperan ser examinadas. Durante los años de 1910 a 1912, el Ateneo de la Juventud se convirtió en el Ateneo de México, que a su vez fundó la Universidad Popular Mexicana. Esta institución tradujo las nuevas perspectivas educativas en los objetivos sociales de la revolución y sirvió de mediadora entre la alta cultura y las masas. Éste fue el telón de fondo para el matrimonio entre el arielismo y el proletariado, y algunos de sus ejemplos son obvios. En 1913, el ateneísta Isidro Fabela pronunció el primer discurso del día del trabajo en México.⁶² En 1917, el mejor estudiante de Caso, Vicente Lombardo Toledano, se convirtió en secretario de la UPM⁶³ y un año después, apenas terminados sus estudios en derecho y filosofía, se identificó de manera tan completa con los trabajadores que se unió a sus organizaciones. Nació así una nueva "generación" cuyas conferencias tenían una orientación social mucho mayor que la de sus predecesores.⁶⁴

El Comité Central de la Confederación Revolucionaria preparó, bajo el amparo del ejército constitucionalista, programas literarios y musicales para públicos civiles y militares. Entre los que encabezaban estos eventos estaban Gerardo Murillo, David Alfaro Siqueiros y Jesús S. Soto.⁶⁵ En 1920 se formó el Grupo Cultural de la Casa del Obrero Mundial con la participación de los intelectuales más jóvenes de la revolución: Palma Guillén, Julio Jiménez Rueda, Vicente Lombardo Toledano, Salvador Novo y Carlos Pellicer. De modo que, para fines de la década, el Ateneo obrero de Salazar se había unido al Ateneo humanista de Caso, fusionando la intelectualidad elitista con los objetivos sociales en una unidad que ten-

⁶¹ Portes Gil, *Autobiografía*, pp. 114-117; conversación con E. V. Niemeyer Jr., Austin, 12 de marzo de 1981.

⁶² Fabela, *Mis memorias*, p. 76.

⁶³ Wilkie, *México visto*, p. 256.

⁶⁴ Véase Krauze, *Caudillos culturales*, pp. 72-73.

⁶⁵ Véase Gabriel Ferrer Mendiola, "Año de Carranza: actividades de la 'Confederación'", en *El Nacional*, 18 de octubre de 1959.

dría ramificaciones en el período post-revolucionario. Se acortaba la distancia entre las clases cultas y las marginales, conforme los aristócratas urbanos conocían a los lugareños (español en el original) y conforme los campesinos aspiraban a la "civilización".⁶⁶

Algunas veces, en el abrumador panorama del México revolucionario, se pierde de vista el hecho de que los intelectuales mantuvieron su participación en la comunidad cultural mundial. Las relaciones exteriores intelectuales durante la revolución fueron una función de la continuidad de los intereses académicos y artísticos, de la política de conspiraciones y exilios y de la diplomacia normal. Tal fue el trabajo ejemplar del educador Ezequiel Chávez para mejorar la cooperación entre México y los Estados Unidos al apoyar a la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales, al estimular el intercambio universitario y responder a los pedidos de investigadores que como Franz Boas solicitaban asesoría sobre el folklore y sobre la posibilidad de enviar misiones culturales a las regiones.⁶⁷

Los escritos de los exiliados reaccionarios tanto como los de los revolucionarios, y los de los enviados del gobierno tanto como los de los diplomáticos, nos proporcionan una rica información sobre los cambios del Estado mexicano. La Habana, San Antonio, Los Ángeles, Nueva York, París y Madrid atrajeron a intelectuales mexicanos que siguieron el curso de la revolución en varios niveles, desde el arte hasta la política. Es típico el caso del ex-secretario Federico Gamboa, quien apenas si se podría considerar un revolucionario vacilante, y que en el casino mexicano de La Habana arengaba contra el imperialismo estadounidense y la dependencia de Cuba y en favor del principio de no intervención y el nacionalismo mexicano.⁶⁸

La combinación que significaba la primera guerra mundial, la intervención estadounidense y el lugar problemático de la revolución mexicana en el sistema mundial hacía que las tareas de los intelectuales diplomáticos fueran enormes: establecer las bases para una comunicación racional ahí donde con frecuencia no existía ninguna, o restaurar la imagen exterior del país. El enviado Luis Cabrera trató de suavizar la opinión estadounidense sobre México y en un informe diplomático magistral al presidente de ese país explicaba la revolución como un complejo fenómeno que permitiría un mejor conocimiento mutuo entre México y los Estados Unidos y cuyo impacto se podría medir en las actitudes estadounidenses.⁶⁹

⁶⁶ Romero, *Apuntes*, p. 137; Fabela; *DHRM*, XXI, 102-107.

⁶⁷ Chávez a Leo S. Rowe, ciudad de México, 9 de octubre de 1914; Chávez a Nicholas Murray Butler, ciudad de México, 22 de septiembre de 1914; Chávez a Franz Boas, ciudad de México, 18 de diciembre y 31 de octubre de 1916, en Archivo Histórico, Col. Ezequiel Chávez, caja VII, Universidad Nacional Autónoma de México.

⁶⁸ Federico Gamboa, *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, José Emilio Pacheco, ed., México, 1977, pp. 222-236.

⁶⁹ Cabrera, "The Mexican evolution and its Causes", en *The Purposes and Ideals of the Mexican Revolution*; Fabela, *DHRM*, XIII, 284-286.

Por su parte, el cónsul Isidro Fabela hacía hincapié en la soberanía mexicana frente a los europeos y subrayaba las relaciones de Europa con respecto a las acciones de los Estados Unidos sobre México.⁷⁰ También el cónsul Alberto J. Pani planteaba sus puntos de vista respecto de los asuntos internacionales de México —como el petróleo, el crédito, la posición desventajosa frente a los cinco grandes, el colonialismo y la ignorancia de Europa sobre el país.⁷¹ Los escritos de los diplomáticos en el exterior confirman el pensamiento en México. En 1918 se llevó a cabo otra importante reunión estudiantil cuyo tema reflejaba la política exterior de Carranza. Intelectuales de la nueva generación, como Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Luis Padilla y Carlos Pellicer, encabezaron la promoción de la solidaridad latinoamericana, ilustrando así el alcance hemisférico de la revolución.⁷²

En 1910, México era uno de los principales portadores del humanismo occidental, caracterizado por su fraternidad, desinterés, creciente curiosidad, libertad de conciencia y conocimiento objetivo. Su vida cultural estaba en parte apoyada por el Estado y se veía reforzada por diversas instituciones de enseñanza y una prensa pequeña capaz de sobrevivir. Los ideales juveniles se fundían con los intereses del sistema. Su revolución social fue para corregir la marginalidad en un país en desarrollo, reestructurar las normas culturales hasta incluir tanto las exigencias populares como las elitistas y ampliar la impartición gubernamental de justicia. En el aspecto económico y en el diplomático, México tenía que enfrentar las desigualdades a fin de superar su desequilibrio histórico frente a los países industrializados; y su revolución intelectual, basada tanto en premisas autóctonas como universales, dio lugar a una visión del mundo avanzada para su tiempo.

En 1915, cuando la suerte del México revolucionario estaba en su punto más bajo, Mariano Azuela hizo una afirmación que explica bien esta transformación: “Mi país salvaje y bárbaro, no crees en Dios [...] porque tú eres Dios!”.⁷³ Esto parecía una ironía viniendo de un intelectual cuyo gremio por lo general no se explicaba las relaciones del país con Dios, y sin embargo, hablaba del proceso creativo que surgía precisamente de los disturbios. Parecía posible entonces el advenimiento del auto-descubrimiento nacional y una civilización estaba a punto de lograr el mayor reconocimiento dentro del orden mundial. Los revolucionarios intelectuales promovieron y esclarecieron a este México que nacía.

Traducción de Sara Seřhovich

⁷⁰ Fabela a Venustiano Carranza, Londres, 16 de febrero de 1915, Archivo Histórico, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

⁷¹ Véase la correspondencia de Pani con el presidente Carranza en *Cuestiones diversas*, México, 1922.

⁷² Gaxiola, *Memorias*, pp. 72-73.

⁷³ Azuela, *Obras*, III, 1263.